

RECENSIONES

LIVIO ZANOTTI: *El golpe al poder. (El neomilitarismo sudamericano)*, Editorial Gráficas Espejo, Madrid, 1974, 213 pp.

Este libro es la versión en lengua española de una obra italiana publicada en Roma el año 1972, con el título de *El golpe al potere*. Su autor, Livio Zanotti, ha venido orientándose desde 1960 hacia los problemas histórico-políticos de los países meridionales americanos; respecto a cómo y en qué cuantía los planteamientos ambientales del pasado pueden explicar varios de los aspectos más agudamente polémicos de las evoluciones actuales. El tema de lo que Zanotti denomina «neomilitarismo» está enfocado tomando como punto de partida algunos hechos capitales de tres países considerados como claves: Brasil, Argentina y Perú. Al lado de ellos, los demás países iberoamericanos casi sólo figuran como una especie de telón de fondo, reducido a aspectos marginales y algunos datos documentales.

En cuanto al empleo destacado de la palabra «golpe», tiene como antecedente la exposición de las teorías, escritas y verbales, de un cierto número de altos jefes militares brasileños. Dichas teorías han sido encabezadas desde el comienzo de los años sesenta por la obra titulada *Geopolítica do Brasil*, original del general Golbery de Conto e Silva, o sea de quien era entonces el teórico más notable de la Escuela Superior de Guerra brasileña.

Posteriormente la doctrina Golbery ha venido siendo estudiada, discutida y profundizada. Zanotti explica qué dicha doctrina tiene dos facetas: la de una especie de neoimperialismo interno continental (con el cual Brasil podría asomarse amenazadoramente más allá de sus fronteras del Amazonas y el Mato Grosso, a costa de los Estados vecinos) y otra faceta interna brasileña, en la cual el general Golbery preconizaba la necesidad de una brusca y repentina toma absoluta de todo el poder por parte de las Fuerzas Armadas de su país. Todo ello basado en una acción de «estrategia nacional», a la cual sea subordinada la acción del Estado, sea en paz o en guerra. Los «golpes» dados posteriormente tanto en Brasil como en otros países próximos responden al mismo deseo de encuadrar dentro de disciplinas castrenses todas las vías de acción del Estado.

Los primeros antecedentes de la formación común de las Fuerzas Armadas de la Argentina, Perú y Brasil se señalan como idénticos efectos de la oleada independentista que conmovió a todos los sectores continentales iberoamericanos en el primer cuarto

RECENSIONES

del siglo XIX. Aquella oleada fue producto de dos impulsos simultáneos que partieron de los centros urbanos litorales del Atlántico meridional y el Caribe, traspasando los Andes y llegando hasta las orillas del Pacífico, y retrocediendo después lentamente para buscar nuevas raíces y un nuevo fortalecimiento en los puntos de partida. El hecho social esencial de las independencias obtenidas frente a Madrid y Lisboa no fueron frutos de movimientos de masas populares. Nacieron en los medios mercantiles de las ciudades costeras, a los cuales se agregaron los grandes terratenientes agrarios. El estado de crisis de España y Portugal, después de las guerras contra Napoleón, facilitó el que tomaran el mando en Sudamérica los miles de familias nacidas en los antiguos virreinos y enriquecidas con las exportaciones a Europa de los productos de sus latifundios.

Livio Zanotti hace recordar que toda aquella clase social de grandes rancheros y traficantes con Holanda, Francia y Gran Bretaña compuso entonces la después denominada «burguesía criolla».

A través de aquella capa de propietarios locales (a la vez inquieta respecto a su provecho económico y pasiva en cuanto a la composición global conservadora de sus núcleos familiares comunitarios) fue como los jefes de los ejércitos libertadores se inspiraron y se saturaron de empeños iluminísticos. En la política tales empeños se entendieron como una creación de Estados, que ya no se fundaba en los tres elementos constitutivos señalados por los teorizantes de Europa occidental, o sea territorio, pueblo y soberanía, sino como un Estado compacto y homogéneo, apretado sobre sus núcleos humanos más organizados y compactos, que eran los de la referida burguesía criolla. Aquella visión autoritaria de un Estado orientado por promociones iniciales de clanes de «notables» consolidó la visión autoritaria de los nuevos Estados nacionales sudamericanos, los cuales fueron teniendo continuas necesidades de ocupar nuevos territorios y nuevas poblaciones, donde no existen estructuras económicas completas.

La figura del general San Martín es destacada en el libro de Livio Zanotti como especialmente representativa de las ideologías y las realizaciones independentistas. Se pone de relieve que para San Martín la eficacia fue de hecho su única preocupación, haciendo a la vez todo lo posible para intensificar la influencia de las Fuerzas Armadas independentistas en todos los territorios arrancados a las tropas reales. Además se cita sobre esto el testimonio de algún político argentino actual, según el cual «San Martín encarnó obstinadamente una estrategia nacional, a la que adecuaba su estrategia militar; pero esta estrategia nacional era sobre todo militarista».

Pasando desde aquellos orígenes a lo más acentuadamente contemporáneo, destaca el capítulo del libro de Zanotti titulado *Entre conservadurismo y populismo*. Tanto en los casos en que los «golpes» militares de Hispanoamérica se produzcan al servicio de unos intereses plutocráticos (más o menos influidos por Washington) como en los casos totalmente diversos, en que los núcleos de los mandos castrenses se ponen a la cabeza de los reformismos populares, hay una misma manera de actuar, aunque difieren los programas. Dicho capítulo trata de demostrar que el fin último por el cual se mueven en la mayor parte de los casos los militares sudamericanos es el mantenimiento del *statu quo* en sus respectivos países.

Por otra parte, el predominio de lo «conservador» semicontinental es señalado como la mayor aceptación de las tendencias pro estadounidenses, mientras que las tendencias

RECENSIONES

populistas adoptan unos barnices exteriores antiimperialismo (como es el justicialismo argentino o en el régimen peruano). Pero en ambos casos, de lo que ante todo se trata es de que los sectores militares continúen detentando las misiones orientadoras del Estado y la nación, que se iniciaron al producirse las independencias.

A este propósito se cita la opinión técnica de un sociólogo norteamericano, Irving Louis Horowitz. Este definidor explica lo siguiente: «La tendencia al conservadurismo de los militares latinoamericanos es una especie de reactivo natural de las estructuras socioeconómicas existentes frente a la posibilidad de cualquier cambio.»

Horowitz añade también: «El Ejército tiene una ideología bien definida de salvación y de rendición nacional. Se ve a sí mismo como la única fuerza capaz de forjar una política nacional y de imponerla a los intereses de grupo con la fuerza de las armas, si no con la de la ley. Las Fuerzas Armadas se atribuyen el papel de elemento estabilizador en la lucha entre las clases sociales, como consecuencia del abismo existente entre la pobreza y la riqueza.»

Estas teorías del factor estabilizador varían según las condiciones ambientales diferentes de unos y otros países. Por ejemplo, en Méjico donde los principales antecedentes provienen de fuertes nacionalismos internos, los militares actúan como guardianes de las empresas nacionalizadas. En cambio en Argentina contemporánea el Ejército ha tendido sobre todo a actuar para impedir el predominio de cualquier partido que tienda al radicalismo extremo.

También se cita el antecedente de cuando el año 1963, en el mayor país del Plata, los dos posibles modos de actuar de las Fuerzas Armadas respecto a su hegemonía, era las de los sectores apodados «azules» y «colorados» (nombres derivados de los colores convencionales empleados en las maniobras). Los «azules» serían los más constitucionalistas y dispuestos a un acuerdo con las masas impacientes. Como «colorados» se denominaba a los más intransigentes en el sostenimiento del inmovilismo.

De todos modos la definición global que en el libro de Zanotti se hace sobre el nuevo militarismo, de lo que él trata como «Latinoamérica», es la de que en el interior, la exigencia común con que se enfrentan todos los regímenes castrenses, continúa siendo la estabilización económico-social.

Una atención especial, dentro del conjunto de las exposiciones hechas respecto a dicha estabilización económico-social, merece el caso del Perú en los años actuales. Se subraya el hecho de que sometidas hasta ahora a menores fuerzas centrífugas, gracias a una política reformista que encuentra amplio espacio vital en el atraso secular del país, las Fuerzas Armadas peruanas resultan bastante más homogéneas que las argentinas y las brasileñas. Dichas Fuerzas Armadas han recuperado, para uso de un militarismo articulado en función del poder, las tradiciones revolucionarias populares que (antes que ellas) había puesto en marcha el inquieto partido del APRA. El esquema del actual régimen castrense, implantado y dirigido por el general Juan Velasco Alvarado, está bien meditado. En lo económico-social, mientras el país se prepara a la construcción de un adecuado conjunto industrial, el Ejército actúa para ser la infraestructura política eficaz que haga innecesarios los partidos.

En todo esto los mejores efectos que están logrando Velasco Alvarado y sus compañeros, son los de transformar a los indios quechuas, que constituyen las masas rurales

RECENSIONES

y gran parte del proletariado urbano, en productores coordinados de bienes duraderos. Todo ello orientado desde los cuarteles que han sido transformados en verdaderas oficinas de estudio. Mientras que los jefes militares peruanos, recordando su origen pluriclasista, afirman: «Nosotros mismos somos el pueblo.»

La consecuencia final que Zanotti deduce es que los defensores del nuevo militarismo sudamericano no actúan tanto al servicio de unas ideologías como al de unas técnicas. Acaso su común vocación sea la de una tecnocracia táctica en los modos de llegar a ejercer el poder absoluto. Dicho poder y su expansionismo comienzan por el incremento de los bienes de producción dentro, y de su protección fuera, por medio de reforzamientos en los armamentos; cambiando así profundamente no sólo el nivel de las armas mismas, sino los equilibrios entre Estado y Estado del sector meridional en el Nuevo Mundo.

Unas tablas sobre Fuerzas Armadas de «América Latina» proporcionan un breve pero útil apéndice documental al libro citado.

Lo más curioso es que el al margen del libro mismo y de su autor, la obra referida al «golpe» o los «golpes», viene a confirmar en el terreno de lo militar lo que cada vez se viene probando con mayor frecuencia respecto a otros terrenos; como los político-formales, económico-sociales, demográficos, culturales, de relaciones con varios sectores afroasiáticos del multiforme «tercer mundo», etc. Es la realidad de que las trayectorias evolutivas de los países y los pueblos iberoamericanos, siguen siendo mucho más coincidentes y simultáneas de lo que suele creerse cuando se les considera desde fuera y desde lejos.

RODOLFO GIL BENUMEYA

JERZY LUKASZEWSKI (Ed.): *Las democracias populares después de Praga*, Editorial Menedra y Crédito, Madrid, 1973, 382 pp.

En agosto de 1968 la URSS invadía Checoslovaquia y al poco proclamaba la llamada «Doctrina Breznev», es decir, el derecho a la directa interferencia en los países socialistas si el socialismo era amenazado, naturalmente, según apreciación soviética. A fines de marzo de 1969 tenía lugar un sabroso Coloquio organizado con la ayuda económica de la Comisión de las Comunidades Europeas y del Ministerio de Educación y Cultura belga. El resultado de tal Coloquio es este libro, publicado en Bélgica al año siguiente. Luego, entre la publicación original y la actual traducción, tuvo lugar la tempestad polaca de diciembre de 1970, que dio al traste con el régimen de Gomulka, sin que se produjera intervención soviética y sí en cambio se hicieran importantes concesiones a Polonia, como hace constar el director del Coloquio y editor de este libro, J. Lukaszewski, en una amplia introducción, que lleva fecha de marzo de 1972, que termina de una manera excesivamente optimista al referirse a las aspiraciones de unidad y emancipación de los países de Europa oriental. «En la situación actual, la política soviética está abocada a realizar un cambio o sufrir un descalabro más rápidamente de lo previsto, ya que la estrategia planetaria de China se ha convertido en un coeficiente

RECENSIONES

importante en la evolución de Europa.» El factor chino es evidente, pero no cabe olvidar que Moscú ha procedido a un considerable despliegue de poderío militar en Siberia sin afectar para nada al dispositivo que enfrenta la OTAN.

El mismo director enumeró en el Coloquio la serie de factores, incontenibles a la larga, que minan todo el sistema soviético y el de sus aliados regionales. Destaca los siguientes: «la ineficacia de la economía dirigida y las dificultades diarias que acarrea la población; la esterilidad de la ideología oficial para enfrentarse con los problemas de las sociedades modernas; el descontento y el incormformismo de la juventud, de los intelectuales y de la clase obrera; el abismo, cada día mayor, entre estos grupos de la sociedad que se caracterizan por un gran dinamismo y el Partido que ocupa en la actualidad el poder; la escisión del movimiento comunista mundial, que se ha hecho más profunda como consecuencia de los acontecimientos de Checoslovaquia, y, por último, el enfrentamiento entre las dos principales potencias comunistas». El caso es que en 1968, a la hora de la verdad, apenas si hubo signos de oposición en los países comunistas para denigrar la invasión y luego tampoco. Ahora, tras la guerra de 1973 en Oriente Medio y el redoble de la subsiguiente inflación, está por ver si los países occidentales van a quedar tan tranquilos como parece. Es más, Rusia, lejos de estar a la defensiva, da muestras de no desinteresarse del futuro de Yugoslavia una vez producida la desaparición de Tito. El sistema soviético estará pachucho. Siempre se ha dicho. Es el aparato policíaco y de represión, que suele poner las cosas en su sitio, lo que cambia el signo de demasiadas profecías.

Es altamente interesante, por su sólida documentación, la ponencia de Piotr S. Wanddyck, de la Universidad de Yale, sobre los intentos en busca de unidad de los países de Europa oriental, remontándose a las tentativas de confederación entre Polonia y Checoslovaquia y de Yugoslavia-Bulgaria durante los años 1940-1948, es decir, hasta la expulsión de la Yugoslavia titista de la Cominform. Stalin advirtió el peligro que tales reagrupaciones supondrían para el dominio soviético, y sus sucesores lo han comprendido del mismo modo. En todo caso, los profundos nacionalismos de estos pueblos, con reproches, quejas y ajustes de cuentas históricos, muchos de ellos no digeridos a pesar de que ya todos son «camaradas», facilitan la labor de desunión querida por los soviéticos. Es más, la misma unión yugoslava peligra.

El formidable periodista que es Michel Tatu aborda el problema de la invasión checoslovaca y la distensión en Europa. No cree que la reforma económica checoslovaca fuera la causa del abordaje, por el sencillo hecho de que todavía no era operativa; es más, considera que la reforma económica húngara se encuentra más avanzada que en otros países, incluyendo la propia Checoslovaquia antes del fatídico momento. Cree que lo que realmente preocupa a los soviéticos son los hombres, y así mientras que unos pueden hacer ciertas cosas (Kadar), a otros no se les consiente (Dubcek). No sólo es subjetivismo, pues depende también de las garantías efectivas que les asegure el mantenimiento de cierta línea y asegurar la presencia de adictos a Moscú en todo caso. La destitución por el ministro del Interior, Pavel, de 27 funcionarios de la policía secreta, que eran agentes soviéticos, indicó que las cosas se salían de madre. De todas formas no puede dejarse de tener en cuenta el factor puramente militar: Checoslovaquia tiene fachada directa con el mundo occidental organizado en la OTAN, cosa que no

RECENSIONES

ocurre ni con Hungría ni con Rumania. Aun así hemos comprobado cómo en los últimos meses Hungría se ha visto obligada a poner una pauta a su reforma económica, pero también es cierto que Polonia sigue adelante con la suya, tal vez de menor alcance. También es interesante la constatación de Tatu de que mientras USA es un modelo para Europa occidental desde el punto de vista económico, no lo es la URSS para las democracias populares, porque todas ellas, con exclusión de Bulgaria, tienen un nivel de vida superior al del pueblo soviético. Su civilización histórica es igualmente más antigua y se sienten más evolucionados. Pero es de suponer que esto quedaría neutralizado si la *performance* económica fuera adecuada, como ha ocurrido con Estados Unidos, otro país culturalmente «bárbaro».

Heinz Kuby, jefe de División del Parlamento europeo, trató de los países del Este en la disposición bipolar del mundo; John Pinder, del COMECON (que en modo alguno hay que traducir como una simple réplica y reproducción del Mercado Común Europeo), donde el solo peso soviético desequilibra el de todos los demás miembros juntos; John M. Montias habla de los obstáculos para una integración económica de la Europa del Este, dada la disparidad de sus economías y la resistencia de algunos de los países (el caso rumano es clave) a tener que bailar con la más fea a la hora de la división internacional (o socialista) del trabajo; una ponencia complementaria sobre el mismo tema corrió a cargo de Vladislav Pavlat, de la Facultad de Económicas de Praga.

Ghita Ionescu, el gran especialista del mundo comunista, adscrito a la Universidad de Manchester, trató del nacionalismo de esos países. Señala con ironía que «los teóricos del Partido soviético, de Alemania del Este y, sobre todo, de Hungría y Polonia, han expresado su extrañeza y han reprobado claramente la reaparición de los temas característicos del nacionalismo burgués en el interior del internacionalismo obrero». De hecho los soviéticos—es decir, los rusos, los grandes rusos—no debieran extrañarse tanto, teniendo en cuenta la historia de su propia «Unión». Analiza brevemente el origen inmediato de la Doctrina Breznev, expuesta en dos artículos en *Pravda* los días 11 y 26 de septiembre de 1968, o sea al mes siguiente de la invasión de Checoslovaquia. Los firmó N. Kovalev, jefe del departamento de propaganda del citado diario; el primero trató de «la contrarrevolución silenciosa»; el segundo, de la «soberanía en los países socialistas». Como resultado de la invasión, los pueblos checo y eslovaco, que, tal vez con excepción del búlgaro, eran los más propensos a un afecto natural hacia la URSS, han cambiado radicalmente de actitud tras la agresión de 1968. Pero no olvidemos que los rusos se valieron también de la propia contradicción en la composición del país para federalizarlo, cuando venía siendo previamente unitario. En un informe complementario, Eugen Lembers trata del mismo tema.

Werner J. Feld estudió la utilidad de la experiencia de la CEE para Europa del Este; Curt Gasteryger trató de los dilemas de esos países, señalando sus limitaciones fundamentales. Cierra el libro con la ponencia del bien conocido, en estos menesteres, Zbigniew Brzezinski, de la Universidad de Columbia, habló de las tendencias y perspectivas después de la invasión. Señala que: «La independencia lograda, ciertamente con éxito, por países como Polonia, Bulgaria y Alemania del Este hay que atribuirla más que a un proceso de democratización a la realidad de haber conseguido ser menos

RECENSIONES

comunistas, es decir, el haber llegado a ser regímenes más independientes. En estas naciones la tradición radical "estatista" del marxismo-leninismo-stalinismo se ha transformado en algo parecido, al menos en apariencia, a los movimientos social-fascistas anteriores a la II guerra mundial, aunque con ciertas matizaciones de nacionalismo, chauvinismo, antiintelectualismo y antisemitismo. En Polonia y en Alemania del Este se encuentran síntomas muy significativos de esta orientación.» Para el autor la invasión de 1968 supuso «la muerte del comunismo como movimiento internacional. La invasión fue un acto al que se opusieron la mayoría de los Partidos comunistas y fue condenada y calificada como un acto imperialista de un Estado que transformó una ideología internacional en una ideología de superpotencia».

En este magnífico Coloquio intervinieron muchas más personas, pero las repeticiones y solapamientos han aconsejado reducir el tamaño del libro. La lista de los participantes, activos y pasivos, fue de unos trescientos, que se enumeran alfabéticamente en una lista. De todos ellos sólo dos suenan a español: Manuel García Álvarez (profesor) y Sergio Ventura (asesor jurídico en la CEE, lo que probablemente significa que no es español).

TOMÁS MESTRE

OLIVER CARRE: *Proche Orient entre la guerre et la paix*, EPI editeurs-Paris, 1974, 175 pp.

En el conjunto del Próximo Oriente, durante la primera parte de 1974, la cuestión esencial ha seguido siendo la de los destinos de la antigua tierra de Palestina, como conjunto físico e histórico natural. El tema de la existencia de un substrato anterior (y en cierto modo superior) a la creación y el funcionamiento de los actuales Estados establecidos sobre el terreno (es decir, Israel y Jordania), así como lo que pudiera hacerse con los sectores en litigios parciales, depende de tener en cuenta al pueblo anterior de los palestinos genuinos, o sea el conjunto de sus antiguos pobladores árabes, tanto musulmanes como cristianos y otros.

Todas las demás cuestiones de relación de los sectores regionales palestinos con los Estados contiguos o próximos del «mundo árabe» en general, así como las posiciones de las grandes potencias y de la Organización de las Naciones Unidas, son realmente problemas secundarios; aunque aparezcan como más ruidosos, más vinculados a las guerras y las paces, y más constantemente comentados. En Palestina ha estado el origen de los conflictos y en el palestinismo han de basarse las posibles soluciones.

Cuando entre la primavera y el verano de este año, las gestiones del doctor Kissinger dieron como primer resultado las retiradas parciales de las tropas israelíes con las evacuaciones del canal de Suez y del Golán, no sólo se consideró haber dado un primer paso firme hacia la posible paz, sino que respecto a Israel, algunos sectores de información europeo-occidental, consideraban que los gobernantes de Tel-Aviv debían darse por satisfechos con que las nuevas políticas de El Cairo y Damasco implicasen una especie de reconocimiento *de facto* de Israel por parte de algunos Estados árabes. Y que Israel debe corresponder, por su propio interés, reconociendo la existencia de los palestinos como colectividad de origen y estructura nacionales.

RECENSIONES

Así, pues, el reconocimiento de que el palestinismo de los árabes de Tierra Santa es un factor por lo menos tan valioso circunstancialmente como el del israelismo, resultó un punto clave. E incluso dentro del mismo Gobierno israelí que preside Yitzar Rabín, la señora Shulami Alon, ministro sin cartera, pidió (al comenzar junio) que se devuelvan a los palestinos los territorios ocupados el 1967 en Cisjordania. Añadió que ella guarda independencia de criterio dentro del gabinete israelí de coalición en el sentido de pedir que el primer ministro de Israel admita oficialmente «la existencia de un pueblo palestino».

Por eso resulta verdaderamente necesario, ante los deseos que en algunos sectores se manifiestan de procurar acercamientos entre los dos programas (paralelos, pero ahora hostiles) del palestinismo árabe y el israelismo judío, contar con un texto en que ambos programas se expongan simultáneamente, y con la mayor objetividad, por lo menos relativa. Este es el papel que llena muy cumplidamente y con gran oportunidad, un libro recientemente publicado en París. Se trata de *Proche Orient entre la guerre et la paix*, obra original del sociólogo y orientalista Olivier Carré.

Un punto clave en lo teórico del referido libro, es la pregunta de si en las negociaciones para la paz próximo-oriental en los sectores arábigo-israelíes, se intentará por fin llegar a las verdaderas raíces del conflicto. Para responder a esto es necesario tener una idea exacta de la historia de los palestinos y de su papel en relación con las conciencias nacionales de todos los pueblos árabes. Al mismo tiempo han de confrontarse las teorías de la ideología sionista, como expresión de un nacionalismo judío centrado sobre Palestina.

La obra de Olivier Carré está dividida en tres partes. Primera es la de los antecedentes de la historia del nacionalismo árabe palestino, y la del nacionalismo judeo-sionista; de los cuales el árabe surgió en el ambiente local, mientras el sionista fue infiltrado desde Europa. Así el palestinismo ha sido un nacionalismo árabe nacido de Palestina, mientras que el sionismo es definido como «un nacionalismo judío centrado sobre Palestina».

Segunda parte es la de las independencias contradictorias. En el sector judío se presenta la concepción del movimiento sionista político tal como fue elaborado en sucesivos congresos de traza internacional celebrados fuera de Palestina y de todo el Cercano Oriente. En el caso árabe, el nacionalismo de los palestinos aparece integrado en la acción general de los árabes de dicho Oriente para emanciparse del Imperio-Jalifato turco. Así los palestinos (como los otros árabes vecinos) sufrieron entre 1914 y 1922, promesas y traiciones de las potencias aliadas, a las cuales habían ayudado en la I guerra mundial. La misma segunda parte trata de la creación del Estado de Israel en la primera guerra palestina, y el siguiente fraccionamiento del pueblo palestino en cinco sectores. También las apariciones del problema de los refugiados, y los comienzos de la resistencia guerrillera armada.

Por último, la tercera parte plantea el tema de los dualismos, mutuamente hostiles, entre dos movimientos (el sionista y el palestina). Ambos nacieron casi a la vez; se inspiraron en conceptos semíticos poco diferentes; y, sin embargo, han llegado a quedar reducidos a pugnas violentas. Dicha tercera parte se titula «¿Fe palestina contra milagro israelí?». Se pregunta si de las guerras y las violencias locales entre árabes

RECENSIONES

y judíos de Tierra Santa no tienen la culpa ni unos ni otros, sino las grandes potencias que les azuzan y se aprovechan de ellos para repartirse el Próximo Oriente en sectores de hegemonías. Se citan las posibilidades que hubiera podido ofrecer el libre desarrollo de la población árabe minoritaria incluida dentro de las fronteras de Israel... Y al final, en un capítulo titulado «Fe palestinesa», hay alusiones a una necesaria fraternización entre dos pueblos al fin y al cabo emparentados. Pero a la condición de que los dirigentes de Israel dejen la ideología sionista que es de carácter egoísta y agresivo. Así se cita la frase razonable del pensador judío N. Weinstock: «El sionismo actúa contra Israel.»

La obra de Olivier Carré lleva un interesante prefacio de Maxime Rodinson. Se trata del famoso orientalista judío de nacionalidad francesa, que en París dirige la Escuela Práctica de Altos Estudios en la Sorbona. Del profesor Rodinson se ha dicho justamente, en muchas ocasiones, que él representa «las mejores esencias de la verdad», respecto al fondo de las autenticidades en todo lo próximo-oriental. Netamente francés por su tecnicismo intelectual, es también puramente judío dentro de un universalismo humanista que refleja el mejor sentido bíblico (aunque aplicado de un modo laico). Maxime Rodinson se ha mostrado siempre tenazmente opuesto a la ideología conquistadora del sionismo, tanto como a la organización actual del Estado de Israel, que él considera regido por gobernantes autócratas y racistas.

En su presentación del libro de Carré, el profesor Rodinson pone de relieve, sobre todo, el empeño de haber escrito con el evidente deseo de llegar a una comprensión sobre un tema como el palestín, que generalmente suscita discursos frívolos o pasiones ciegas. Esa buena fe de Carré no es estrictamente neutral ni del todo desapasionada, pues se trata de un autor cuyas simpatías están totalmente con los árabes palestinos. Pero, en todo caso, Carré procura ceñirse estrictamente a los hechos y en escrutarse «las razones de los otros», es decir, de aquellos contra quienes él toma partido sólo por la lógica de los hechos ocurridos. Pero admitiendo que los argumentos de las diversas partes pueden contener una cierta cantidad de verdad.

Uno de los sectores más importantes de la que puede ser calificada de «crítica serena» en el libro de Carré, es el que se refiere a la exposición de las grandes líneas de lo que en lengua francesa ha sido varias veces definido como *miracle israélien*. Eso lo distribuye el citado libro en dos grandes apartados. El del crecimiento económico y la democracia parlamentaria, que se va refiriendo a los efectos internos del referido «milagro económico», en relación con los hombres, los capitales y el sistema político estatal y de los partidos en el mecanismo del poder israelí. El segundo apartado se refiere a la situación de los árabes incluidos en el Estado de Israel, y los que están en las zonas ocupadas desde 1967.

En conjunto muchos de los aspectos técnicos de las realizaciones israelíes en la agricultura, la industria, el urbanismo, la tecnología general, etc., son sinceramente reconocidos. Pero también se ponen de relieve los puntos negativos, que consisten sobre todo en que los gobernantes de Tel-Aviv practican varias formas de discriminaciones comunales y personales. No sólo respecto a sus «ciudadanos árabes», sino a los núcleos de los judíos conocidos allí como «orientales». Es decir, los de orígenes e idiomas familiares español (sefardí) o árabe. Estos últimos, los llegados a Israel desde el Yemen,

RECENSIONES

Iraq, Egipto, etc. En cuanto a los de Africa del Norte son tanto hispano-parlantes como árabo-parlantes.

El resultado de toda esta exposición es francamente pesimista. Sobre todo cuando en los territorios ocupados desde junio de 1967, la instalación sobre ellos de más de cincuenta colonias agrícolas-militares sionistas, revela la continuación e intensificación de un programa de absorciones territoriales. Con el aliento del XXVIII Congreso Sionista Mundial, que tuvo lugar en Jerusalén en enero de 1972.

Olivier Carré resume todo esto diciendo textualmente: «Como se ve el *milagro israelí* trata de proseguir sin modificar ni su inspiración inicial ni su enorme sostén exterior. Entre la actitud imperialista israelí y el rechazo palestino y árabe hay un círculo cerrado ¿Cómo romperlo?, ¿tendría éxito la Conferencia de la paz prevista sucesivamente a la guerra de 1973? Este sería el final saludable del supuesto "milagro". Pero también el comienzo de un Estado israelí normalizado.»

Una aportación muy útil y práctica del libro de Carré es el apéndice que incluye varios documentos básicos seleccionados. Son los siguientes: Declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917; Proclamación de la Independencia del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948; Resolución 242 del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967; extracto del informe del Comité Especial de la ONU encargado de investigar sobre las prácticas aplicadas por Israel que afectan a los Derechos del Hombre en la población de los territorios ocupados (Asamblea General 26 octubre 1970); extracto de la Resolución 2.949 (XXVIII) de la Asamblea General de la ONU el 8 de diciembre de 1972; extracto del informe del secretario general de la ONU, Kurt Waldheim al Consejo de Seguridad en mayo de 1973, y, por último, la Declaración del VII Consejo Nacional Palestino en Amman el 26 de mayo de 1970. Además de todo esto hay una orientación bibliográfica escogida y distribuida según los capítulos.

Al final, Olivier Carré lamenta sobre todo que el Estado israelí actual siga empeñado en ser un «Estado aparte», recelosamente diferente, y superior no sólo al Oriente que le rodea, sino al resto del mundo, que en la ONU ha decretado resoluciones que los gobernantes de Tel-Aviv se empeñan en ignorar. Y el libro deplora que los gobernantes israelíes, lo mismo que sus amigos de los países ricos, no se den cuenta de que la causa de los palestinos recoge cada vez más el símbolo de la protesta de todos los pueblos que sufren de discriminaciones.

RODOLFO GIL BENUMEYA

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN: *La penetración americana en España*, EDICUSA, Madrid, 1974, 439 pp. (Col. «Divulgación Universitaria», 62).

«Esta obra no tiene pretensiones científicas. Pertenecce al subgénero del *reportaje cultural* (...) Simplemente he querido comunicar a un público extenso (...) a veces supliendo mi cojera con los pasos firmes dados por investigadores concienzudos.» Tales palabras ponen en guardia en una brevísima advertencia. El magnífico escritor que es Vázquez Montalbán se ha involucrado una vez más, aunque sin pretensiones científicas.

RECENSIONES

cas, por el camino de la contribución a la concienciación. Es de suponer que el libro ve la luz ahora, en 1974, aprovechando la aurora informativa, ya que la obra está fechada en abril de 1971. Esto no se hace constar, y probablemente no por falta de ganas. Todo lo más, alguna nota a pie de página puede remozar y reactualizar al, en tantos aspectos, anticuado libro.

Consta la obra de cuatro partes y, «a manera de prólogo», se inserta el texto del Convenio de Amistad y Cooperación entre España y los Estados Unidos de América suscrito el 6 de agosto de 1970. Viene luego la primera parte, con medio centenar de páginas, y que nada tiene que ver específicamente con España, aunque sí genéricamente: «Imperialismo y guerra fría». De haber logrado una síntesis así adecuada, habría sido loable. Lo que sale es un verdadero petardo en forma de antidevocionario que hará sonreír a la nueva izquierda norteamericana al ver qué malos discípulos cosecha en su también «penetración en España». ¡Pobre Wright Mills! Esoterismo no falta: ¿A qué se refiere «este secreto ultimátum, con el que tantas veces especulara el infame Foster Dulles»? (p. 60). «Si vemos que Alemania está ganando la guerra debemos ayudar a Rusia, y si la está ganando Rusia debemos ayudar a Alemania; en ambos casos debemos procurar que se maten entre sí lo máximo posible...», escribía el *New York Times* al mes de la agresión nazi. Y sin embargo, reconocerá el autor dos cosas: que USA venía ayudando a Gran Bretaña (ya aliada de Rusia) y que, en todo caso, aquella preconizada política era la adoptada por Stalin antes de que sus beneficiarios hitlerianos lo hicieran entrar en razón.

La segunda parte, de más de un centenar de páginas, cubre «Las relaciones hispano-americanas en el contexto de la guerra fría y la coexistencia pacífica». En el contexto de la segunda posguerra, nuevamente ve Montalbán las orejas al lobo, pero confunde al lobo. Mientras que los americanos, según él (y citando a Felipe Miera) estaban más propensos a la inteligencia con el régimen del general Franco, en Inglaterra «la casi unanimidad del partido laborista condena, por boca de Bevin», a dicho régimen. Lo cierto es que de Londres vino cierta garantía de continuidad ibérica, como de Londres vino la casi garantía del triunfo de Franco durante la guerra civil, y, durante la mundial, de Londres vino el pararrayos que trataba de fulminar o apretujar de mala manera la política de Madrid por parte de los americanos. Que una vez lanzados los americanos llegarían más lejos que nadie en la conquista de favores, no se discute; que se precipitaran, esto es un invento, por mucho que se sostenga desde Ruedo Ibérico (p. 108). Pequeñas sorpresas salpican por doquier. Hay dos en la página 112: Que por 1950 el Ejército español estaba «cercano al millón de hombres» (cuando contaría la mitad a lo más, pues tal cifra apenas si pudo esporádicamente acumularla en algún momento álgido de la II guerra mundial), y que si «lo cierto es que el único aliado estratégico real era Portugal (Pacto Ibérico)», lo que demuestra es que Montalbán por lo visto creía más en esta cosa que... otros. En cambio, los disloques y remodelación de fuerzas internas del régimen está lograda: «...la gestión de esa tecnocracia (Opus, por supuesto) iba a ser, aunque parezca paradójico, radicalmente política; normalizar el poder burgués sin las concesiones liberales a que históricamente se ha visto obligado el poder burgués» (p. 120). Gabriel Arias Salgado pasa por «el último autárquico químicamente puro» (p. 127) (¿pero por qué «autárquico» y no otra

o muchas otras cosas?); las bombas de Palomares no fueron «atómicas» sino de «hidrógeno» (p. 129), con lo que Montalbán les juega una buena pasada a los villanos; en fin, Claude Julien escribió *L'Empire américain*, que debe traducirse por «Imperio» y no otra cosa (p. 155). Desgraciadamente, el autor no capta lo que estaba jugando en la partida de la renovación de los acuerdos con USA, y que llevó a la caída del «duro» Castiella y su sustitución por el suave López Bravo. En definitiva, mejor sería tener los americanos a favor o neutralizados que en la duda o en contra, máxime cuando hacían ruido de «bases» en Marruecos, precisamente cuando este país comenzaba a crear verdaderos problemas a Madrid. Razones de tipo más «interno» existían también y pudieron apreciarse en la prensa de la época. Este parte termina así: «la verdadera penetración norteamericana no ha hecho más que empezar». Pues vamos listos. Y sigue un estupendo documental de artículos de prensa y declaraciones respecto a las bases o los americanos, no faltando el famoso artículo *Hipócritas*, que tanto contribuyó a alterar el *curriculum vitae* de su autor.

«La penetración económica e inversiones americanas en España» es la parte que sigue. El capítulo está bien enfocado. Cita fuentes indígenas, solventes, lo mismo de un Tamames que de algún procurador en Cortes, y todos vienen a quejarse de lo mismo: de lo que en términos afortunados alguien ha llamado «sucursalización» de la economía española. Un centenar de páginas enumerando y citando empresas, por sectores (sólo las oficialmente norteamericanas, en todo o en parte), viene a continuación. Pero en cuanto a hablar de injerencia norteamericana en la «reforma educativa» (con financiación parcial por el Banco Mundial), a esas alturas mejor sería no *meneallo*; en todo caso, hace su buena docena de años el mismo Banco publicó su celebrado «Informe» sobre la economía española y, como de costumbre, demasiados tiros salieron por la culata. ¿No será que a veces se piden informes para llevarles la contraria?

La última parte aborda la penetración ideológico-cultural (lo ideológico lo sería prácticamente todo, excepto lo directamente político). Contiene rachas de magníficas apreciaciones, y ha sido una lástima que no se metiera más con ciertos sectores de juventud aparentemente emancipada, pero que resulta que también están colonizados en sus actitudes y cánticos por los americanos. Pero ciertas afirmaciones llaman la atención precisamente por volverse contra la misma intencionalidad del autor. Para mí al menos constituye una sorpresa constatar estadísticamente que en ningún momento entre 1939 y 1945 el número de filmes de Hollywood proyectados en España fue inferior al de los alemanes. Otros juicios es de suponer que son muy personales e intransferibles: «el Kazan contrarrevolucionario de "Viva Zapata"», por ejemplo. Hay argumentaciones que superan el límite de la obsesión. Así el caso Bronston, que, agradecido al parecer por la condecoración Isabel la Católica que le impone el Gobierno español, se vuelca en una corazonada de «natural agradecido» y promociona una película de un coste programado en los 2.100 millones de pesetas. «Mucho dinero para glosar a la reina española que expulsó precisamente a los judíos de España.»

La gracia de Vázquez Montalbán, para quien sepa captarla, salpica reiteradamente. La teoría del rojo-bajo-la-cama la tiene bien desarrollada, sólo que hay que sustituir «rojo» por «CIA»: «Es imposible prefijar la existencia de agentes de la CIA en España. Los agentes de la CIA se presentan, pero todo queda en eso» (p. 368). Desde luego. Esperemos que el autor salga intacto de la prueba a que mentes calenturientas de celtí-

RECENSIONES

beros *made in Spain* pueden someterle. La definición que cita Haro Tecglen acerca de los «kremlinólogos» tiene su encanto y hasta profundidad; en cambio, la recreación que Vázquez Montalbán hace con la palabra de «norteamericanólogo» carece perfectamente de sentido, por la sencilla razón de que USA carece de secretismo: todos los secretos USA son secretos de polichinela. El propio Montalbán lo demuestra—o eso creo él al menos—desde la a hasta la zeta. Lo que hay es norteamericanófilos incondicionales (Augusto Assía sería prototipo de la especie) y norteamericanófobos incondicionales o condicionados, del que el autor es, salvo error u omisión, un logrado ejemplar.

Este es un libro para leer, en el que cada español sensible llorará y reirá, según la página que abra. Incluso el autor de *Hipócritas* observará con estupor que por donde menos se piensa puede saltar la liebre de una rara ortodoxia.

Tomás MESTRE

TALÓN, VICENTE: *Portugal: ¿Golpe o revolución?*, Cvs Ediciones, Madrid, 1974, 346 pp.

Las páginas que debemos a Vicente Talón entrañan el mérito de haber sido escritas al pie mismo de los acontecimientos que, como es bien sabido, tuvieron lugar en Portugal el día 25 de abril de 1974. El autor es un gran especialista del reportaje directo y buena prueba de ello la constituyen algunos de sus libros anteriores, como, por ejemplo, *Los rusos en el Mediterráneo*, *China-URSS: entre la ideología y la geopolítica*, *Guerra en Irlanda* y *Viaje a la China de Mao*. El que ahora nos ofrece es claro testimonio de su sagacidad, valentía y profundidad periodística. Desde los primeros momentos del estallido revolucionario se aposentó en el escenario de los hechos y tomó buena y minuciosa nota de cuanto sus ojos alcanzaban a ver. Es harto expresiva la confesión con la que se inicia la obra: «Nunca había escrito un libro a tambor batiente, desde el propio frente informativo y golpeando el hierro cuando todavía está al rojo blanco y salen chispas de él.»

A nuestros propósitos—destacar las reacciones humanas que el impacto revolucionario ha suscitado—parece conveniente subrayar, y hacerlo desde el umbral mismo de nuestro comentario crítico, la nota que Vicente Talón nos ofrece, una vez que el aparato militar se puso en marcha, concerniente a la incredulidad o estupor con los que el pueblo portugués acogió la arenga de Spínola, en la que, efectivamente, se divulgaban los nuevos puntos programáticos del igualmente nuevo Estado: «El programa, escuchado en un país como Portugal y de los labios de un hombre como el general Spínola, resulta poco menos que increíble. ¿Puede hablar realmente así un militar que fuera segundo jefe del Estado Mayor General y comandante durante años del frente de Guinea-Bissau? ¿Se puede ser revolucionario con monóculo y un aspecto a mitad de camino entre el marqués de Cuevas y Eric von Stroheim? ¿Existen realmente los milagros? La incredulidad, cuando ya no el asombro más absoluto, es la reacción general entre quienes rodeamos el pequeño transistor, que vuelve ahora a desgranar las estrofas del himno nacional portugués. Alguien comenta: "Spínola se sabe perdido y

RECENSIONES

quiere, mediante una proclamación de principios como ésta, conseguir que el pueblo le apoye y, caso de perder, que el Gobierno se vea obligado a tomar en cuenta su programa." Sin embargo, la suposición cae por su base desde el momento en que los comunicados de la Junta de Salvación Nacional, lejos de intentar una movilización de masas, insisten en que la gente permanezca en sus casas, sin interferir para nada los movimientos del Ejército.»

Portugal iniciaba el día 26 de abril—luego de la alocución del general Spínola—una nueva etapa histórica. Etapa presidida por una sugestiva declaración de principios. Principios con los que ciertamente—según el criterio de cuantos comentaristas de política internacional se han ocupado de glosar los acontecimientos a los que nos venimos refiriendo—el pueblo portugués venía soñando desde hace tiempo:

— Garantizar la supervivencia de la nación como patria soberana en su todo pluri-continental.

— Promover la concienciación de los portugueses, permitiendo plena expresión a todas las corrientes de opinión, en orden a acelerar la constitución de las asociaciones cívicas que han de facilitar la libre elección, por sufragio directo, de una Asamblea Nacional Constituyente y la subsiguiente elección del presidente de la República.

— Garantizar la libertad de expresión y de pensamiento.

-- Abstenerse de cualquier actitud política que pueda condicionar la libertad de elección y la tarea de la futura Asamblea Constituyente, y evitar por todos los medios que otras fuerzas puedan interferir en el proceso, que se desea sea eminentemente nacional.

— Guiar su acción por las normas elementales de moral y de justicia, asegurándole a cada ciudadano los derechos fundamentales estatuidos en declaraciones universales, y hacer respetar la paz cívica, limitando el ejercicio de la autoridad a la garantía de las libertades cívicas.

— Respetar los compromisos internacionales contenidos en los tratados firmados.

— Dinamizar sus tareas en orden a que en el más corto plazo el país se gobierne por medio de instituciones de su libre elección.

— Devolverle el poder a las instituciones constitucionales una vez que el presidente de la República electo entre en el ejercicio de sus funciones.

De los puntos programáticos que acabamos de insertar, puntos que con toda fidelidad refleja Vicente Talón en su libro, podemos deducir, una vez más, el hondo deseo que los políticos portugueses, ahora triunfantes, tienen de agitar la bandera de la democracia. En la democracia subyacen, efectivamente, las esperanzas todas del país hermano. El mismo Spínola, tal y como nos revela el autor de las páginas que comentamos, aprovecha toda circunstancia para agitar la franela democrática. He aquí otras reveladoras palabras suyas—mensaje que poderosamente contribuyó, en su momento, a obviar la desconfianza, la vacilación y la prevención de las primeras horas de la revolución triunfante—: «No aceptaremos la imposición unilateral de regímenes autoritarios, ni de derechas ni de izquierdas. Estamos aquí para defender y estimular la práctica de los puros principios democráticos. Reconozco que nos hallamos ansiosos de modificaciones, pero las cosas no pueden ser hechas de un momento a otro. De la menor precipitación puede resultar un retroceso que nadie desea. Sería dar la razón a los argumentos

RECENSIONES

con los que ahora pretenden contradecirnos. *Dícese que el pueblo no está preparado para la democracia, pero nosotros queremos probar que sí que lo está.* La prensa posee una alta responsabilidad en esta tarea, pues debe evitar fomentar el extremismo. Pido a todos que no exciten los ánimos, entre otras razones porque ya no es preciso. La libertad está instaurada, y para ejercerla no es preciso usar ninguna violencia. La libertad está trazada. La prensa de derechas tendrá que evolucionar con dignidad de forma que pueda colaborar con la Junta.»

Si leemos las páginas que Vicente Talón pone a nuestra disposición con un criterio esencialmente objetivo, nos daremos cuenta de que en la revolución portuguesa hubo un momento—como suele ocurrir en todas las revoluciones—en el que el odio se desató: «La alegría hace que muchos se muestren magnánimos e incluso dispuestos a olvidar. Un viejo republicano, que me habla de su visita a don Manuel Azaña con la misma unción con la que un franciscano octogenario se referiría a su peregrinación a Asia, dice: "En estos momentos tengo lágrimas, pero no odio; lágrimas y perdón." No obstante, la mayoría es menos indulgente y el grito de *Morte a PIDE* y *Julgamento dos criminosos da PIDE* se repite sin cesar. El odio a la disuelta institución policíaca es, desde luego, frontal y prende con facilidad entre el público. Basta con que alguna persona prorrumpe en un *Morte a PIDE* para que de inmediato el lema sea coreado por todos los presentes, así como por las bocinas de los automóviles, de los autobuses municipales y, por supuesto, de los camiones.

»Para comprender las raíces de este sentimiento visito durante dos horas los locales centrales de la PIDE, en la calle Antonio María Cardoso. Entro en compañía de otros varios periodistas, cuando el lugar todavía no ha sido del todo registrado, razón por lo cual algunas dependencias están guardadas por fusileros de Marina, ametralladora al puño. El oficial que nos guía, un teniente, explica: "La PIDE no puede ser comparada a ninguna policía, como no sea a la GPU stalinista. Poseía poderes incluso para detener a los mandos del Ejército, y sus jefes, al referirse al tercer piso de este edificio, que es donde se hallaban los locales de tortura, solían decir que hasta él no alcanzaba la ley portuguesa. Fue la PIDE—que tuvo varios nombres distintos en el curso de su historia—la que a través del terror sujetó, durante medio siglo, todas las ansias de libertad y de reforma de los portugueses. En realidad, sólo la integraban unos dos mil quinientos hombres, pero apoyados por una vastísima red de confidentes y delatores, así como por las fuerzas paramilitares: la Legión Portuguesa y la Brigada Naval. Por supuesto, también la Policía de Seguridad Pública y la Guardia Nacional Republicana colaboraban estrechamente con ella. En Portugal, solía decirse, ni las hojas se mueven sin que la PIDE lo sepa. Todo se sometía a su control, desde el correo a las llamadas telefónicas. Y en todo operaba con absoluta impunidad, ya que jamás le eran pedidas cuentas. La PIDE, por otra parte, poseía ramificaciones por doquier. Colaboradores suyos detectaban jefaturas de sindicatos, gobiernos civiles e incluso altas prebendas ministeriales, como es el caso del abogado Cuto Correira, quien de profesor de la escuela policíaca de Sete Rios pasó a ocupar la Subsecretaría de Comunicaciones."»

Tal vez, según nos cuenta el propio autor de este libro, lo más curioso de todo el proceso revolucionario—y no son pocos los aspectos que una revolución presenta—sea lo concerniente a la sorpresa que se llevaron los vencedores. En efecto, subraya el

autor, ni hay reacción por parte de los seguidores del salazar-caetanismo ni los demócratas se desmandan. Pese a todo, la Junta no oculta su temor de que tengan lugar violencias inesperadas que empañen la diafanidad del proceso revolucionario emprendido. Tal vez por esto la prensa lisboeta de la mañana publica un largo comunicado oficial incitando a la serenidad y al buen juicio de los ciudadanos. Muchos opinan que el 1 de mayo, que ya se encuentra a las puertas, podrá convertirse en algo trágico si la Junta se opone a aquellos que desean celebrar la jornada con una magna concentración de masas. Y sobre lo que la Junta piensa al respecto nadie sabe, en concreto, absolutamente nada.

Consecuentemente, señala Vicente Talón, «mientras que las dudas sobre el 1 de mayo se dilucidan, la escoba revolucionaria sigue barriendo por doquier. Los rectores de universidad, así como los directores de facultad, son sustituidos por los miembros más antiguos de los Senados Universitarios y de los Consejos Escolares. Se obra así por haber sido estos cargos de "confianza oficial". Los profesionales del cinema ocupan la Dirección General de Espectáculos, y la Junta, en el reeditado *Diario Oficial*, inserta una larga serie de decretos a los que no se puede negar el calificativo de revolucionarios. Entre ellos, los siguientes: abolición de la censura de espectáculos, disolución de Acción Nacional Popular (partido único del caetanismo), amnistía total para los llamados "crímenes políticos" con reintegración en sus funciones de quienes fueron separados de sus cargos por razones políticas, exoneración del presidente de la República, del del Consejo, de los gobernadores civiles y de los gobernadores generales...».

Apenas la revolución acaba de cristalizar cuando, efectivamente, se habla con cierta intensidad y entusiasmo de las profundas reestructuraciones que el nuevo Gobierno tiene que verificar. Todos los observadores coinciden en afirmar que es precisamente el área económica quien por el momento exige la mayor atención. Vicente Talón se hace también eco de esas tesis y nos indica, entre otras muchas cosas, que «la dictadura salazar-caetanista ha dejado a Portugal traumatizado en muchos campos, pero en uno, sobre todo, de manera especialmente dolorosa: en el económico». Suele decirse que «las penas con pan son menos». El ciudadano del «Estado Novo» no tuvo ni tan siquiera, como consuelo a su falta de libertad, las migajas de un nivel de vida tolerable. Por el contrario, caminó, y continuó hasta el fin, con el farolillo rojo del desarrollo europeo sobre sus abrumadas espaldas.

Mil novecientos setenta y tres, último año del régimen corporativo, no pudo ser más significativo. Portugal tuvo la más alta tasa de inflación del Viejo Continente, 20 por 100, mientras que los ingresos per cápita continuaron siendo los más bajos de la OCDE y se mantuvo abierta la espita de la emigración clandestina, que supone para el país la pérdida del 30 por 100 de su población activa.

Nación pobre en líneas generales, pero con pobreza y riqueza—que también la hay—desigualmente repartida, en Portugal se da el caso de que la renta sobrepase, en ocasiones, en un 80 por 100 la media nacional (así ocurre en Lisboa), mientras que en otros lugares es inferior incluso en un 40 por 100.

La palma de la pobreza se la lleva, como es natural, el campo, en el que aún vive la mitad de la población activa y que sólo aporta el 25 por 100 del producto nacional. Tal hecho se debe a la existencia del minifundio, por un lado, así como a la del latifundio, por otro. Los cuatro mayores propietarios (Posser de Andrade, Santos Jorge, el

RECENSIONES

duque de Cardaval y el duque de Palmela) poseen la misma cantidad de terreno (95.000 hectáreas) que se reparten en otras zonas 50.400 pequeños agricultores. Estas cifras, ampliadas a las dimensiones globales del país, se pueden dar también de la siguiente manera: el 92 por 100 de las explotaciones agrícolas portuguesas se extienden tan sólo por una tercera parte de la superficie cultivable, mientras el 8 por 100 ocupan las dos terceras partes restantes.

Si la situación en el agro es mala, en las zonas urbanas no resulta mucho mejor. Y tanto para el habitante del campo como para el de la ciudad existen una serie de flagelos compartidos, entre los que figuran los siguientes: ingresos bajos, escasísimo consumo de carnes, huevos y leche, casas mal acondicionadas—muchas sin agua corriente y hasta sin luz eléctrica—, alto índice de mortandad infantil, de analfabetismo y de desempleo, etc. Los portugueses, que son orgullosos, lo ocultan gracias, sobre todo, a su exquisita limpieza y a lo bien cuidado de la parte exterior de sus viviendas, sobre todo de las rurales. Pero la gente descalza que puede verse incluso en Lisboa, así como las prostitutas de catorce años, y aun de menos, que «trabajan» la acera en el Barrio Alto de la capital lusitana, son signos inequívocos de la postración social, moral y económica en la que el «Estado Novo» hundió a Portugal.

Pero, naturalmente, no acaban en el área económica todos los problemas de Portugal. Existe uno, desde luego el más grave, que pende a modo de espada de Damocles sobre su presente y sobre su inmediato futuro: la descolonización. Son profundamente acertadas las palabras de Vicente Talón al enfrentarse con este tema: «Aunque todavía nadie ha tenido el coraje de decirlo a las claras, el problema número uno del nuevo Portugal no lo encarna la política ni la economía, sino la vieja herida colonial. Las Fuerzas Armadas salieron de sus cuarteles el pasado día 25 de abril, impelidas más por el deseo de acabar con la lejana guerra, que las está erosionando, que por la voluntad de reinstaurar la democracia del país. Sin embargo, ni tan siquiera entre los sublevados reina unanimidad en cuanto a la solución que se debe dar a esta lacerante cuestión. Algunos, los más utópicos, piensan en mantener las estructuras coloniales camuflándolas tras el biombo de una federación lusitana, en cuyo seno Portugal, Angola y Mozambique (de Guinea ni se habla) formarían en pie de igualdad. Otros, los más moderados, dicen ser partidarios de aceptar una independencia de los territorios africanos, a la que querrían llegar a través de un proceso por etapas que garantizase la permanencia en las actuales provincias ultramarinas de los colonos e intereses económicos de la metrópoli. En cuanto al general Spínola, fijó su posición sobre la materia el día 27 de abril, al decir: "Hace mucho tiempo que en nuestro país se viene confundiendo el concepto de autodeterminación con el de independencia. Pienso que autodeterminación es el derecho de cada pueblo a escoger su destino. Pero para que un pueblo pueda autodeterminarse debe encontrarse a la altura suficiente como para saber escoger su destino. Si no fuese así, cualquier acto de autodeterminación serviría a intereses de terceros... *En África no hay aún preparación intelectual y el número de élites es muy limitado.* Tampoco acepto negociar en este momento con interlocutores que no representan la voluntad del pueblo... La independencia inmediata corresponde a una voluntad que no sería la voluntad de un pueblo. No bromeemos, que si aquí hay élites preparadas, en Ultramar, no."

El general Spínola, evidentemente, dista mucho de ser, ante la cuestión colonial,



RECENSIONES

un Mendes-France o un general De Gaulle. Sus ideas sobre el nivel cultural y las élites no resultan, por otra parte, nuevas. Las preconizaban ya los belgas en vísperas de la independencia del Congo, y todo el mundo sabe de qué modo la independencia le fue arrancada a la metrópoli. Además, el hecho de que tanto en Guinea-Bissau como en Angola y Mozambique exista una guerra que dura ya hace una década larga y en la que los portugueses no pudieron imponerse indica hasta qué punto el deseo de esos pueblos se inclina por la libertad inmediata.» Más tarde, necesariamente, volveremos a insistir sobre este tema. Ya algunos autores hablan de la existencia de un *colonialismo democrático*.

Uno de los rasgos más originales de estas páginas lo constituye la clara y detenida alusión que el autor hace a la Iglesia católica y a su posible actitud ante los acontecimientos revolucionarios. Es un tanto sorprendente el mutismo que la generalidad de los cronistas han mantenido en torno de la Iglesia católica; por eso ciertamente nosotros consideramos de extremadamente original el hecho de que el autor de este libro, a la vista del papel histórico que la misma siempre ha desarrollado en el país vecino, se haya tomado la molestia de dedicarle un amplio capítulo en su libro y, sobre todo, que ponga ante nosotros una muy significativa interrogante—prueba todo ello el buen hacer periodístico de Vicente Talón—: ¿qué hará la Iglesia en este tiempo nuevo? Para la mayoría, ahora es el temor a la inseguridad, el recelo. Así lo han evidenciado muchos fieles y sacerdotes consultados por los periodistas. Pero lo curioso es que las acusaciones y los ataques, por lo menos hasta la fecha, han procedido del cuerpo mismo de la Iglesia: de dentro.

«Durante cincuenta años la Iglesia apoyó, de palabra o con sus silencios, al régimen fascista. El resultado fue la pérdida de audiencia entre la juventud y las áreas más progresivas de la sociedad»—ha dicho el padre João Resina, de la parroquia lisboeta de Santa Isabel.

«La iglesia portuguesa, que prácticamente aún no se ha enterado del Vaticano II, tiene ahora la oportunidad, y la obligación, de ponerse al día y lavar sus culpas del pasado»—ha declarado el padre Fernando Alvez, miembro del clero diocesano del patriarca de Lisboa.

Por su parte, un grupo de sacerdotes, reunidos en Beira Baixa, redactaron un comunicado en el que, entre otras cosas, se decía: «No podemos olvidar las responsabilidades de los cristianos portugueses. Tenemos que hacer una distinción entre el comportamiento casi general de los obispos (con honrosas y tardías excepciones), seguidos por la mayoría silenciosa de los fieles, y el comportamiento de una escasa minoría, tan calumniada que nunca tuvo comprensión y mucho menos apoyo en su toma de posiciones. En la denuncia de su intervención confluían la represión policial, la oratoria política y el guante de terciopelo de la autoridad eclesiástica. Las responsabilidades de los obispos portugueses son enormes. Sobre el problema moral de las guerras de Ultramar nunca tuvieron el valor de definirse, aunque sólo fuese a la manera adoptada por el general Spínola en su libro *Portugal y el futuro*. Silencio comprometedor que corrompió la conciencia cristiana y que llevó a la comunidad cristiana portuguesa a entrar en un estado de pecado moral colectivo del que debe hacer ahora penitencia pública.»

Vicente Talón estudia en otro de los capítulos de su libro el futuro que ante sí

RECENSIONES

tienen los diversos partidos políticos existentes y acabados de crear. Por el momento, cosa que no puede ponerse en duda, son los partidos políticos los primeros a quienes directamente ha beneficiado, tal vez sin proponérselo, el estallido revolucionario. Es pronto para verificar la premonición del juego que éstos darán en la mecánica—o sistemática—constitucional del nuevo Portugal político. Pero, cuando menos, aquí quedan perfectamente sintentizados sus proyectos y aspiraciones.

Una vez que estas páginas sean leídas con sosiego y espíritu objetivo es sumamente sencillo deducir dos cuestiones capitales, a saber: *la necesidad de matizar las auténticas causas y el auténtico sentido de la revolución portuguesa* y, sobre todo, *las serias dificultades que se oponen a la implantación de la democracia pura*. Es muy probable que en rigor—como ha ocurrido en otras tantas revoluciones de nuestro tiempo—las causas inmediatas que dieron lugar al estallido revolucionario portugués no se desvelen nunca: «No es posible, desgraciadamente—afirmaba recientemente el comandante Melo Antunes en una interesantísima entrevista concedida a la publicación española *Cuadernos para el Diálogo* (véase el número extraordinario del mes de junio, dedicado a Portugal, extra XLI)—, proceder en este momento a un profundo análisis del proceso que condujo al 25 de abril en Portugal. Las tareas revolucionarias son ahora las más presentes, exigen una total movilización de energías y no sobra tiempo para una reflexión serena acerca de los acontecimientos. Distinguiría, sin embargo, sumariamente las siguientes causas del proceso revolucionario en marcha: en primer lugar, *la prolongación de las guerras en África* (Angola, Mozambique y Guinea); inmediatamente después, *el agravamiento de las contradicciones internas del régimen*, cada vez más incapaz de controlar el propio aparato del Estado, desacreditado e inepto; finalmente, *el aislamiento internacional del régimen*, el descrédito a que estaba sometido, la desconfianza que suscitaba en la gran mayoría de los países y en los grandes organismos internacionales, principalmente en la ONU.»

De todas formas es importante subrayar—y ya en el libro de Vicente Talón se nos dice algo al respecto—que *es una equivocación grave y peligrosa afirmar que la revolución del 25 de abril es una revolución del pueblo*. Se trata—ha escrito Fernando Abreu (en el número extraordinario de *Cuadernos para el Diálogo* anteriormente citado)—sin duda de una revolución que encontró un gran eco en la aspiración profunda y más inmediata de la casi totalidad del pueblo portugués y de la clase obrera. Y fue la caída de un régimen opresor que durante medio siglo sometió a los portugueses al terror y a la miseria. Pero el actual momento que se vive en Portugal es, sin duda, un resultado directo del movimiento de las Fuerzas Armadas, que desde hace ya cerca de dos años se viene organizando con el objetivo evidente de derrocar al régimen. ¿Qué motivos empujaron a las Fuerzas Armadas para llevar a cabo esta revolución? Efectivamente—como igualmente subraya Vicente Talón en su libro—, su revolución está produciendo asombro, puesto que ha contrariado la práctica habitual en el escenario internacional, en el que las intervenciones militares conducen a la imposición de un régimen de derechas.

Ya resulta ciertamente un tópico el afirmar que Portugal tiene ante sí un difícil camino. Pero, en verdad, la senda por la que a partir de ahora tiene que transitar el régimen es áspera, espinosa y agria. Portugal tiene planteados problemas interiores y problemas exteriores—estos últimos, por su rango internacional (las colonias), atraen

RECENSIONES

miradas indiscretas del resto del mundo—. Consecuentemente, no existe exageración alguna al afirmar que, en efecto, el nuevo Estado, al oeste de la península Ibérica —nuevo en un sentido alegremente diferente a la «novedad» salazarista—, se enfrenta a enormes dificultades—algunas de esas dificultades han sido señaladas anteriormente—. Portugal, en definitiva, tiene que resolver cuanto antes toda la problemática referente a Ultramar, y ante todo en virtud de que, en efecto, si ahora se ha producido un estallido revolucionario, la mecha ha sido encendida por los lejanos acontecimientos e incompresiones que durante décadas han venido teniendo lugar en el área geográfica de las colonias.

Portugal, mensaje final del libro de Vicente Talón, tiene que hacer frente a las promesas democráticas expuestas en los ya famosos puntos programáticos. Consecuentemente, y es esto lo que poderosamente mantiene la atención internacional, *no puede defenderse un sistema político para blancos y otro para negros. Portugal vive momentos clave. Sólo la independencia total es, además de justa, realista. Ni la ficticia autodeterminación, pero no independencia (lo que constituye un contrasentido), ni el apoyar en la sombra «soluciones» a la rodesiana, es decir, la separación por la fuerza de la metrópoli de las minorías europeas para seguir oprimiendo a las mayorías africanas directamente, parecen viables a la larga.*

Es obvio, pues, que «cualquier proyecto que tienda a mantener bajo nuevas formas la dominación colonial portuguesa no sólo no contribuirá a solucionar el problema, sino que conducirá a un agravamiento de la situación económica, social y política de Portugal». ¿Qué solucionar primero?

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JOSÉ RAMÓN ALONSO: *Historia política del Ejército español*. Editora Nacional, 567 pp., 1974.

No es tarea fácil hacer historia de una institución como el Ejército español por la complejidad de su evolución sociológica a través del tiempo, siendo el primer problema a solucionar por quien ha tomado la decisión de realizar dicho trabajo la fijación de sus límites. ¿Cuándo empezar y cuándo terminar el estudio?

Para muchos historiadores el *Ejército español* no aparece con tal carácter hasta que los Reyes Católicos dictan en Barcelona, en 1503, las disposiciones «para la buena organización de las gentes de sus guardas, artillería y demás gente de la guerra», con lo cual todas las mesnadas feudales quedan excluidas, sin que ello quiera decir que no fueran regidas por una normativa tan importante y trascendente como la que se encierra en el *Fuero Juzgo*, en el *Fuero Viejo de Castilla*, en el *Fuero Real* y en las *Partidas del Rey Alfonso X el Sabio*, que dedica a la milicia y a la guerra toda la Partida Segunda, que es una de las más importantes del famoso tratado.

Sin embargo, otros escritores, Almirante entre ellos, consideran que la historia del Ejército español no empieza hasta el siglo XVI con la aparición de los ejércitos permanentes.

José Ramón Alonso comienza su obra a partir del 1 de noviembre de 1700, con la muerte del rey Carlos II, haciendo patente que en ese tiempo el Ejército español se

RECENSIONES

compañía todavía de muchos regimientos de mercenarios alemanes, italianos y holandeses, que en número de unos 20.000 hombres estaban de guarnición en Italia y los Países Bajos, teniendo casi sin tropas las fronteras peninsulares españolas.

Con singular acierto y profundidad de análisis empieza a considerar, desde las primeras páginas de su libro, cuál era el espíritu del Ejército, qué naturaleza tenían las disposiciones oficiales por las que se regía, que él denomina *el alma de la institución*, ya que pretende en su obra advertir sobre las «constantes que llevan al desacierto y al fracaso a cuantos no son capaces de comprender, sin militarismo de ninguna clase, que los ejércitos tienen alma y que las reacciones de los cuerpos colectivos son tan previsibles o tan inesperadas como las acciones individuales, pero más fácilmente detectables».

Felipe V hizo un Ejército nuevo y el espíritu que informó y dio vida a la reorganización militar fue el contenido de la Ordenanza que el rey promulgó desde Monserrat y el de la Ordenanza de Flandes. Este reinado es muy legislativo en lo castrense, y en 1704 una real cédula creó el Cuerpo de Oficiales al disponer que «en cada compañía se reciban diez cadetes, nobles e hidalgos, que se distinguieran de los demás por el servicio y la paga». Muchas fueron las modificaciones y mejoras que experimentaron las Ordenanzas hasta llegar a las denominadas de Carlos III, publicadas el 22 de octubre de 1768 por la Junta presidida por el conde de Aranda, y que encierran un concepto revolucionario para la época y de completa actualidad, pues en ellas los privilegios de la sangre ceden ante la aristocracia del fiel y exacto cumplimiento del deber, teniendo gran cantidad de ideas que se adelantan en muchos años a su época y que les ha permitido seguir siendo la guía de actuación de la oficialidad actual por constituir un compendio doctrinal de primerísima categoría y señalar unas normas de conducta que indican cuál es la línea recta del cumplimiento de las obligaciones de cada grado.

Las Ordenanzas militares de Carlos III, con las sucesivas reformas que han ido experimentando, reflejan un movimiento histórico de lo que siempre fueron nuestras tropas, y en ellas aparecen, por cualquier parte que se abran, las constantes del espíritu militar español: honor, valor, disciplina, obediencia, exactitud en el servicio, tenacidad, fortaleza, austeridad, sacrificio...

Es digno de destacar que los dos reyes que más se preocuparon de la instrucción del Ejército y la preparación del Cuerpo de Oficiales fueron Felipe V y Carlos III, los que dieron vida a las Ordenanzas militares.

Con este conocimiento profundo del espíritu del Ejército, gran capacidad de trabajo y paciente labor de investigación, el autor nos ofrece una obra cuya presencia se hacía sentir dentro de la bibliografía militar, ya que no son muchos los tratados sobre la vida político-militar española en su conjunto, y el libro de Jorge Vigón se centra sólo en su Arma de procedencia: el Cuerpo de Artillería.

Desde que en la sociedad organizada surge el concepto de Estado, el problema de la concreción de sus *finés* es el núcleo de la filosofía jurídico-política, ya que éstos varían según el grado de civilización y progreso técnico alcanzados. Las tendencias modernas señalan cinco campos de acción a los que el Estado ha de fijar atención preferente, dando lugar a las Administraciones relativas a Exterior, Militar, Judicial, Financiera y General o de Fomento.

Así pues, la Administración Militar tiene una actividad teleológica, realizadora de los fines que señala la política estatal. Y, en sentido objetivo, es el sector de la Administración del Estado que provee a la seguridad y defensa exterior e interior del mismo. En sentido objetivo, es el conjunto de organismos e instituciones armadas a las que el Estado encomienda la realización de aquella defensa.

Es el Ejército, por lo tanto, un cuerpo vivo inmerso en la sociedad española, que tiene que sentir en su carne todas las tensiones políticas y sociales a que se ha encontrado sometido el pueblo español especialmente en etapas turbulentas. Pero José Ramón Alonso destaca que a lo largo de casi dos siglos y medio parece comprobarse «que el Ejército se resistía a la politización cotidiana, aunque se sintiese como una garantía de las instituciones», ya que así se lo señala la Ley Constitutiva del Ejército de 1878 cuando especifica que «el fin del Ejército es defender la patria contra toda clase de enemigos exteriores e interiores», criterio que recogería la Ley de 1882 acentuando su condición de arbitraje, hasta llegar a la actual Ley Orgánica del Estado de 1966, que en su artículo 37 encomienda a las Fuerzas Armadas la garantía de la unidad e independencia de la patria, la integridad de sus territorios, la seguridad nacional y la defensa del orden institucional, aspectos que seguramente serán analizados por el autor en una segunda publicación anunciada y que versará sobre la historia político-militar de la Segunda República, de la guerra de 1936-39 y de la era de Franco.

El Ejército es un personaje político de la vida española, aunque nunca se haya hecho cargo del poder a través de sus mandos orgánicos, con la sola excepción de la acción de Primo de Rivera en 1923. Han sido militares dedicados a la política y convertidos en políticos brillantes en muchas oportunidades los que han actuado en la vida pública, y de los que son ejemplo elocuente Espartero y González, Narváez y O'Donnell, San Miguel y Dulce, Prim y Serrano.

También nos muestra el autor cómo los sentimientos del Ejército han coincidido con los dominantes en cada momento histórico, y que fuesen liberales en 1820, centristas y moderados en 1833, populistas en 1854, revolucionarios y transformadores en 1868, etc. Su presencia la mostró el Ejército, desde 1700 a 1931, unas veces influyendo, otras presionando, y también desplazando y sustituyendo. Pero siempre movido por los más nobles y altruistas fines del patriotismo, y hasta las etapas más peyorativamente consideradas de intervención política del siglo XIX están siendo de nuevo consideradas, pues, en opinión del historiador Jesús Pabón, «el régimen de los generales es el período menos estudiado, menos seriamente estudiado, de toda nuestra historia contemporánea». Por otra parte, los que estiman que el Ejército sólo ha influido en la política española a partir del siglo pasado «comprenden la política de defensa con los golpes de Estado y olvidan la procedencia militar de Patiño, Campillo, Enseñada, Huéscar, Woll y Aranda».

En muchas acciones de guerra ha tomado parte el Ejército desde comienzos del siglo XVIII, pero ninguna ha tenido tantas etapas de actividad caliente, alternadas con otras de pacífica convivencia, como con Marruecos a contar desde el 19 de septiembre de 1774, con las naturales repercusiones políticas que lógicamente toda guerra lleva consigo.

Con pluma ágil, con gran capacidad de exposición y síntesis y abundantes citas bibliográficas, son veinte los capítulos en que José Ramón Alonso va desmenuzando el

RECENSIONES

correr de la vida de la institución militar española, siempre vigilante y entregada a cumplir las misiones señaladas por la política estatal empleando procedimientos contundentes frente a tropas enemigas de distintos países, en variados escenarios del globo, con climas extremados, con difíciles o precarias situaciones de apoyo logístico, pero siempre derrochando heroísmo y demostrando la virilidad de la raza y cualidades del soldado español. Con riqueza y colorido descriptivo aparecen estas virtudes ante los ojos del lector, que va observando aquellos jalones que marcan virajes históricos, tales como la Guerra de Independencia, el Ejército en las guerras de América, la reacción del Ejército ante el absolutismo, las guerras carlistas, la Restauración, las Juntas militares, la Dictadura de Primo de Rivera y la caída de la monarquía (1923-31).

Un libro importante, imparcial, que llama a los hechos y a las personas por el calificativo que considera les corresponde, que no adula al Ejército, pero que le comprende y valora en cada situación y le descarga de culpas injustas cuando realmente son otros los responsables. Y así podemos leer: «A través de los éxitos o de las adversidades, de los aplausos o de la crítica, el Ejército popular de la Guerra de Independencia, el aristocrático de 1823-33, el progresista y liberal de 1834-74 y el conservador moderado de 1874-1923, será siempre fiel a sí mismo en las motivaciones esenciales. Lo que encrepa al cuerpo castrense es la incomprensión política ante los problemas de la defensa, la insuficiencia de las dotaciones, la inadecuación de las armas y el terco error de atribuir sólo al Ejército las catástrofes—1824, 1898, 1921—cuando antes se le habían negado los recursos necesarios para obtener la victoria, o políticamente no se le había permitido alcanzarla.»

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

